

# Cuando lo colectivo se transforma en resistencia

Un escrito a dos voces en clave biográfico narrativa



*Mara Mattioni en diálogo con Bárbara García Godoy\**

*Que no se detenga, tu marcha lenta rumbo p'al mar  
Es tan semejante a nuestro delirio, a la soledad  
Que te empuje el viento, mi pensamiento o el temporal  
Fuera de la orilla tu camarilla, camalotal.*

Mercedes Sosa

Transcurría abril del 2020 y armando una clase en el comedor de mi casa me topé con un artículo que expresaba justamente lo que necesitaba leer. La pandemia había llegado para interpelarnos y nos invitaba “a construir un nosotros diferente”. Los modos de vincularnos se empezaban a reconfigurar y tardaríamos un tiempo en descubrir cómo seguir generando lazos. Lo que resultaba ser una clara certeza era la necesidad de seguir encontrándonos, y eso había sucedido aquella madrugada: me había encontrado con esas palabras que me alojaron y me alentaron a seguir haciéndome preguntas, pero especialmente me mostraron que lo colectivo siempre es un oasis donde recalcar y seguir avanzando.

\* Mara Mattioni: Licenciada en Trabajo Social. Docente investigadora, UNPAZ-UNLaM.  
Bárbara García Godoy: Licenciada en Trabajo Social. Docente investigadora, UBA-UNAJ.

En un fragmento de aquel artículo, Bárbara García Godoy, su autora, recitaba

aquello que nos sucede no es pura externalidad, sino que de nuestra propia acción devendrá en parte aquello por venir, y con la complejidad que reviste que esa acción además de individual es –sobretudo– colectiva. Y en ese tránsito nuestro presente y nuestro destino, se construyen (2020: 1).

Así pasaron los meses, más de doce... y finalmente en ocasión del quinto número de la revista *Territorios* pude volver a encontrarme con Bárbara, pero esta vez de modo sincrónico, dialogado, en formato de entrevista y con el principal propósito de conocer de su mano cómo se fueron gestando, en clave longitudinal, su trayectoria, intereses, inserciones laborales e incluso aquellas aspiraciones que fueron motorizando a lo largo de muchos años que su ejercicio profesional pudiese trascender una historia de vida individual para nutrir al colectivo del trabajo social. Porque de esto se trata la construcción de conocimiento en clave biográfica (Godard, 1996; Bertaux, 1999), de repensar trayectorias profesionales deteniéndonos en el privilegio de ser parte activa de la construcción que suponen; contemplando como los tiempos –sociales, personales, institucionales– se entrecruzan y ofrecen un devenir singular, que lejos de ser y transcurrir de modo individual ofrecen un impacto y una trascendencia a nivel colectivo.

Este artículo enmarcado en la sección “Nuestro Colectivo” es un escrito a dos voces, en diálogo. En cierto sentido, y siguiendo las categorías nativas del mundo musical, podríamos decir que es un “texto a cuatro manos”. Si bien existen dos modos de tocar el piano a dúo (lxs dos intérpretes pueden compartir el mismo instrumento o cada pianista puede utilizar un instrumento distinto), el hecho de tocar un “piano a cuatro manos” reviste una especial complejidad para poder desplegar todos los recursos pianísticos. Y es en esa complejidad en la que nos embarcamos con Bárbara, dispuestas a acompañar con palabras el proceso de redescubrimiento de una trayectoria profesional, e invitando a lxs lectorxs a repensar e interrogar categorías teóricas, espacios socioocupacionales, el modo de construir las propias trayectorias y especialmente la impronta de la cuestión colectiva al interior del trabajo social como profesión.

Bárbara García Godoy es licenciada en Trabajo Social de la UBA hace veintisiete años, cursó la Maestría en Salud Pública en esa misma universidad, y se encuentra escribiendo su tesis en el marco del Doctorado en Ciencias Sociales. Desde el año 2015 hasta el 2019 fue presidenta de la Federación Argentina de Unidades Académicas de Trabajo Social (FAUATS) y durante los años 2014 al 2018 secretaria académica de la Carrera de Trabajo Social en la UBA. Sin embargo, atravesando estos hitos tan reconocidos de su trayectoria profesional transcurrieron otros sucesos que fueron dando forma al ejercicio profesional y conformando el presente que la atraviesa.

Sin embargo: ¿Dónde tuvo lugar la “largada”? ¿Cuál es la punta del ovillo?

Pensando en clave de trayectorias tal vez no resulte tan sencillo trazar límites rígidos, especialmente atendiendo a que en muchas ocasiones creemos estar empezando procesos que, en cierta manera, ya habían iniciado, incluso antes de haber sido planeados. Por ello iremos al compás del tiempo interno de Bárbara que, para hablar del inicio de su trayectoria, nos remonta a inicios de la década de los noventa mientras cursaba la carrera de Trabajo Social.

## Empezando a transcurrir antes de arrancar: ¿Cuándo inicia una trayectoria laboral-profesional?

**Mara:** ¿Qué haremos cuando finalizaremos la cursada de la carrera y la escritura del trabajo final de grado? Esta pregunta pareciera empezar a interpelarnos a todas las personas que cursamos una carrera universitaria promediando el tránsito por la misma. Una pregunta atravesada por ansiedad, anhelos y expectativas, pero al mismo tiempo un interrogante que da inicio a un camino.

Esa campana de largada del proyecto de ejercicio profesional tiene íntima relación con el tiempo interior, al decir de Leccardi (2002), cuando pensamos en nuestra trayectoria formativa. Ese tiempo interior “expresa la dimensión de la subjetividad y es inseparable del carácter corpóreo de la existencia humana” (43), es decir, no siempre va de la mano del tiempo biográfico ni tampoco del histórico social, y muchas veces esa señal de largada aparece en instancias impensadas, de ahí la relevancia de escuchar y observar(nos) a nosotros mismos caminar.

**Bárbara:** Para el segundo año de la carrera descubrí que yo me proyectaba en el área de salud; fue cuando descubrí que la salud podía tener una concepción amplia y posibilitaba trabajar diversas temáticas. En aquel entonces, la experiencia de vivir varios años en la villa 21-24 de Barracas, y de formar parte de espacio de militancia barrial y comunitaria en el que durante diez años tuve una participación muy activa, fue un anclaje provocador en muchos sentidos y que interrogó la propia formación universitaria que acontecía en simultáneo. Y es desde ese lugar desde donde empecé a proyectar mi graduación, mi primera inserción laboral.

Las prácticas preprofesionales las hice en un centro de salud ubicado en el Barrio Independencia, un barrio obrero de José León Suárez (provincia de Buenos Aires). El primer día que fui al centro de prácticas era sábado a la tarde y al llegar nos encontramos un flaco que hablaba en una asamblea de vecinos, impulsando la organización y los reclamos al municipio, ante el brote de cólera. Apenas lo escuchamos dijimos: “ese debe ser trabajador social”, y no, era un médico generalista. Ahí empecé a descubrir de la lógica de la atención primaria, de qué se trataba la medicina social, cómo era la dinámica de esos espacios, qué discusiones había: recordando siempre que los ochenta y la posdictadura los teníamos ahí nomás, más cerca de lo que una misma se daba cuenta. Ese tipo de cuestiones son las que primero me fueron interpelando. El conocimiento de las residencias en salud, como una experiencia

valiosa, que se había desarrollado con intermitencias para el trabajo social, apareció como un posible horizonte a descubrir.

En ese camino fui construyendo la idea de hacer la residencia, paralelamente a mi ejercicio preprofesional en educación, con un cargo de planta transitoria en una escuela infantil del mismo barrio donde vivía. Mi proyección era, al recibirme, pedir el pase de educación a salud; cuestión que se complejizó y terminé tomando la decisión de dar el examen para ingresar a una residencia.

### **Cuando lo que sucedió no es lo que esperaba: acerca de encuentros imprevistos**

**Bárbara:** Por aquellos tiempos el ingreso a una residencia en CABA y provincia de Buenos Aires involucraba tener que rendir dos exámenes diferentes pero con bibliografía de estudio similar, con lo cual me anoté en ambos, pero terminé rindiendo solo el de provincia donde adjudiqué un cargo que sorpresivamente era en un hospital neuropsiquiátrico, el Estévez.

Yo no conocía demasiado el territorio bonaerense y no sabía que el Estévez era un neuropsiquiátrico de mujeres. En mi cabeza había imaginado ingresar a un hospital general, pensando en la dinámica de un centro de salud y aquella experiencia que había tenido en atención primaria durante mis prácticas. En ese momento pensé “¿Qué hago?”. Me asusté. Yo había cursado la materia Salud Mental en la UBA, a cargo entonces de Juan Carlos Domínguez, Silvia Faraone integraba ya el equipo docente. Me había gustado mucho esa materia pero la decisión no era fácil, ya que además implicaba renunciar a un cargo estable.

Finalmente pensé: “por algo se dio así, será un desafío”, adjudiqué y llegué al Hospital Estévez. Es importante recordar que durante este trecho no estaba sola. Una amiga y colega con quien había preparado y rendido el examen adjudicó en el mismo hospital y atravesamos la residencia juntas. Allí conocí compañeras maravillosas, muchas formadas en la escuela de Trabajo Social de la Universidad de La Plata, y constituimos un colectivo muy creativo y potente. La cuestión es que la residencia me voló la cabeza y me enamoré de la salud mental.

**Mara:** Bruner tiene un texto publicado que se llama “La fábrica de historias” y ese título siempre me pareció pintoresco a la hora de pensar en las propias trayectorias, no solo porque apela a la construcción sino porque nos hace partícipes de ese mientras tanto, de ese tiempo en el que los proyectos se van gestando, cambian de rumbo o incluso son recordados o nombrados de una forma diferente a la que sucedieron. En cierto punto, “la narrativa en todas sus formas es una dialéctica entre lo que se esperaba y lo que sucedió. Para que exista un relato hace falta que suceda algo imprevisto: de otro modo ‘no hay historia’. El relato es sumamente sensible a aquello que desafía nuestra concepción de lo canónico [...] Algo ha de estar alterado, de otro modo ‘no hay nada que contar’” (Bruner, 2003: 31 y 34).

Cuando algo parece irrumpir en la trayectoria que teníamos planeada es uno de esos momentos en los que pareciera que los tres tiempos que presentamos al inicio se entrecruzan: tanto en el tiempo interior, como en el biográfico como en el histórico social siempre “están pasando cosas”. Lo que no siempre sucede es que estos tres tiempos estén en sintonía, y así es como surgen tramos al interior de las trayectorias profesionales que son considerados “vanguardistas” precisamente porque están “fuera del compás” que marca el tiempo histórico social o aquello que conocemos como coyuntura.

**Bárbara:** En mis tiempos de residente la coyuntura atravesaba otros tiempos, la Ley Nacional de Salud Mental no existía. Convivíamos a la distancia con la experiencia de desmanicomialización de la provincia de Río Negro que lideraban Hugo Cohen y Graciela Natella, y en la provincia de San Luis, la experiencia que Pellegrini desplegaba orientada a un proceso de desinstitucionalización, y con otras singularidades. Un tiempo después de haber terminado la residencia, el Hospital Estévez fue el escenario de una experiencia que fue pionera, que se había empezado a gestar en aquel entonces. Al día de hoy estoy convencida que nuestro paso por la residencia aportó en ese proceso, especialmente preguntas, pero también prácticas diferentes. Hay preguntas de aquellas épocas, especialmente las que interpelaban a la salud mental desde lo social, que hoy son vigentes, aparecen en residentes y otros colegas que superviso, en estudiantes de la carrera...

Volviendo sobre aquel entonces, la residencia en el Hospital Estévez era nueva, no tenía un programa de formación y lo que sucedía era nuestra decisión. Armamos con mis compañeras un grupo de trabajo autogestivo, todas éramos muy exigentes. Todo a nuestro alrededor era muy provocador y de a poco fuimos construyendo cada cosa, incluso el programa de la residencia a nivel provincial, en articulación con las residentes de trabajo social de los otros hospitales, y que hasta donde sé, seguía vigente hasta hace unos años. Supervisábamos fuera de horario, rotando nuestras casas, inventamos un sistema de seguimiento posalta. Construíamos estrategias para pensar las situaciones en equipo y buscábamos herramientas teórico-metodológicas para dar discusión al interior del grupo de colegas residentes e incluso con otros profesionales, fundamentalmente en los espacios de intervención que compartíamos. Y era inevitable terminar preguntándote “¿cómo fueron formados estos médicos, estos psicólogos?” intentando entonces poner en valor otras lógicas o modos de comprender lo social.

Recuerdo una discusión en nuestra residencia en la cual algunas de nosotras queríamos hacer el curso de farmacología que hacían los residentes de psicología y psiquiatría porque necesitábamos entender de qué hablaban, ahí aparecían los debates sobre el rol propio, la hegemonía “psi”, los modos de ir en búsqueda de producir intervenciones interdisciplinarias, las preguntas acerca de lo disciplinar.

**Mara:** No solo los tiempos van configurando el devenir de nuestras trayectorias sino que el espacio también se suma al encuentro y abona a la configuración de las narrativas de vida que siempre se desarrollan en un tiempo y un espacio concreto y presente, es decir, que son situadas (Argüello Parra, 2012).

El trabajo en conjunto con otras personas, en este caso profesionales incluso de otras disciplinas, interpela las propias historias de vida, la formación que hemos recibido, la escucha que venimos practicando e incluso el modo en el que empezamos a pensar los procesos de intervención a partir de ampliar la mirada. Compartir la formación de la residencia con otras profesiones nos “obliga” a un estar juntxs en el presente que transcurre, viviendo las situaciones problemáticas que acontecen e incluso los sucesos histórico-sociales que nos atraviesan. Ese espacio y tiempo compartido hace que el pensar, el hacer y el tomar decisiones con otras personas genere cambios en nuestras propias historias de vida (Mattioni, 2021) atendiendo a una nueva dimensión de las fronteras: “a la travesía de una infinidad de territorios sin considerar nunca alguno de ellos como la meta definitiva” (Leccardi, 2002: 46).

**Bárbara:** Esa impronta autogestiva sostenida en la inventiva permanente, en la búsqueda, en el trabajo colectivo, en el intento por ser creativxs que caracterizaron, de la mano de la residencia, a mi primera inserción como trabajadora social graduada a mí me marcó profesionalmente para siempre. Desde aquel entonces nunca más concebí la posibilidad de trabajar de otro modo que no fuese así. Sin embargo recién ahí, cuando terminé la residencia empecé a entender por dónde venía la mano. Claro que eran los noventa y en ese entonces, el Estado, luego de formarte, no te incluía en su planta profesional.

## El oficio de ser residente o acerca de identidades construidas

**Mara:** Las personas que trascurrimos el camino de la residencia vamos percibiendo, a medida que avanza, que hay saberes, habilidades y nociones que vamos adquiriendo y compartiendo a medida que atravesamos ese “mientras tanto”. En cierta medida, así como se va generando un oficio de estudiante, cuando se transcurre la vida universitaria, también pareciera existir un oficio de residente que se va adquiriendo a medida que los años pasan, al compás de las etiquetas de “R1”, “R2” y “R3” que van señalando temporalidades disimiles y a partir de las cuales se esperan saberes aprehendidos y una transformación, casi de modo liminal (Turner, 1988), de ser un ingresante novel a ser un experto especialista.

El oficio del residente pone de manifiesto que una capacitación de posgrado en servicio no es lo mismo que cualquier otra inserción laboral. La propuesta de una residencia ofrece, casi de modo encriptado solo descifrado para quienes la transitan, una singularidad en el modo en el que se planean las cosas, y en el cómo se llevan adelante, pero sobre todo ofrece un modo de pensar ese mapa, de aprender cómo moverse en él y como internalizar ese aprendizaje al punto tal de incorporarlo más allá de la presentación de la vida cotidiana (Goffman, 2001).

**Bárbara:** Es difícil explicar lo que significa una residencia a quien no lo ha experimentado, especialmente atendiendo a que hay una cuestión vinculada con una identidad que se construye, que deviene

en una eterna defensa de ese espacio que se termina sintiendo propio. Pensar en el ser residente como un oficio se vincula también a lo artesanal, lo creativo, aquello que se va armando en el devenir, escucha mediante. Un valor agregado que diferencia la residencia de cualquier otra primera inserción laboral, un aprendizaje, casi visceral, vinculado con construir lazos, incluso en una guardia al desplegar una intervención que durará dos o tres horas o en una sala de internación donde una usuaria puede llevar allí alojada treinta años.

Apenas salí de la residencia entré a trabajar en un área que no tenía nada que ver con salud, y lo primero que hice fue empezar a buscar qué había escrito, quién había trabajado en esos temas, me puse a hacer cursos y no paré hasta sentir que podía manejarme entre las categorías principales del área. En algún punto seguía buscando la mirada y la voz de los otros en algún lado, porque hay algo de las construcciones conjuntas que permiten seguir adelante e incluso destrabar cuando el fluir no se hace espacio.

Cuando terminé la residencia e inicié una nueva inserción laboral en algún punto cambié de espacio laboral pero retomando la idea del oficio aprendido hubo como una sensación de continuidad.

En aquel momento aparecieron visibilizados dos aprendizajes del período de la residencia: por un lado, la necesidad de seguir en proceso de formación y de hacerlo con otros; y por otro la sensación de oportunidad y gran aprendizaje que me brindó el hecho de llegar a un espacio donde las cosas no están pautadas ni planificadas. Así llegué al Ministerio de Desarrollo Social de CABA con un contrato para iniciar un camino en gestión que inició en la Dirección de Asistencia Directa, luego devenida en Política Alimentaria, donde me encontré trabajando, aprendiendo y generando con nuevos compañeros la crisis del 2001.

## De rupturas y puntos de bifurcación: cuando el camino deja de ser lineal

**Bárbara:** Entre que terminé la residencia y volví a trabajar en salud pasaron unos cuantos años. Cuando volví a trabajar en salud descubrí que en el medio había aprendido un montón de otras cuestiones, había entrado en otros mundos con mucha pasión.

Cuando uno es muy joven, siete años parece un montón de tiempo y por ello yo sentía que me había quedado todo muy atrás y que tenía que retomar aquellos aprendizajes que habían quedado como pausados. En ese momento me metí a cursar la Maestría de Salud Pública en la UBA, y siento que ese fue otro punto de inflexión<sup>1</sup> en el recorrido, porque dio lugar a nuevos caminos por transitar que direccionaron lo que vendría... Y a todo esto, y como otro evento clave en mi historia profesional, ya me había incorporado como docente en la carrera de Trabajo Social en la UBA.

<sup>1</sup> Atendiendo a que este fragmento es parte de la narrativa de la persona entrevistada se conservó el modo de aludir a las bifurcaciones como “puntos de inflexión” más allá de que la categoría “turning point” alude a la corriente norteamericana (Elder, 1989), mientras que el desarrollo conceptual del artículo se focaliza en la perspectiva francesa (Godard, 1996) que propone los nudos o puntos de bifurcación como modo de denominar a dichas instancias de las trayectorias.

**Mara:** Al decir de Godard (1996), los acontecimientos de la vida de las personas que constituyen nudos o puntos de bifurcación abren caminos generando efectos en el destino de las personas. Cuando hay bifurcaciones no existe un camino directo ya que, de algún modo, pensar en la comprensión de estos nudos supone la hipótesis de que existen momentos que requieren una observación detenida, considerando que se alternan con períodos de paso, pero que ante cada bifurcación la historia de las personas resurge nuevamente. De hecho si pensamos en las trayectorias formativas o profesionales hay bifurcaciones que son enunciadas sin explicación, otras acompañadas de explicaciones o con una sugerencia de explicación que las completan. Lo cierto es que al andar se hace camino, el camino se ve transformado, y de ello no hay vuelta atrás.

**Bárbara:** Esta parte del camino fue muy intensa. Aprendí muchas cosas especialmente porque la formación que yo había atravesado en salud no ahondaba en salud pública y tenía una mirada prejuiciosa de ella. Sin embargo, de repente me encontré con gente que me voló la cabeza, especialmente las compañeras y compañeros que tuve; muchxs de lxs cuales siguen siendo grandes amigxs y compañerxs de ruta.

Una de las docentes que tuve, una médica epidemióloga muy formada y provocadora, había asumido en aquel entonces la coordinación del área de políticas de investigación en salud del Ministerio de Salud de Nación, y sobre el final del dictado de su materia nos presentó la posibilidad de ingresar como becarixs a esa área. Por supuesto que yo me anoté a pesar de que no tenía hasta ese momento ninguna experiencia de investigación y recién estaba cursando la maestría. Y así, empecé a investigar y a formarme en un campo que me apasiona, que es el de las políticas de investigación en y para la salud.

### **Entre el tiempo biográfico y las coyunturas: haciendo resistencia ante lo hegemónico**

**Mara:** Ana Arias (2009) escribió un texto titulado “Las preguntas desde un lugar” en el cual problematiza las prácticas de investigación en el trabajo social. Allí ella nos ofrece escenarios posibles para pensar la relación entre el trabajo social y la investigación y en ese marco pone sobre la mesa dos modos de disciplinar la producción de conocimiento, entre otros, que además están sumamente imbricados con la historia de la profesión en sí misma. Por un lado menciona la adhesión poco crítica a enfoques de moda y por otro la negación de la relación de la construcción de conocimiento con las prácticas profesionales, validando las trayectorias académicas exclusivas y promoviendo endogamia y soledad en los espacios de trabajo.



El espacio socioocupacional sanitario siempre ha sido un terreno de disputas y conflictos entre las distintas profesiones que se fueron incluyendo tanto en lo que respecta a la tarea asistencial como a aquellas propuestas que apuntan a la construcción de conocimiento. El encuadre de trabajo siempre estuvo caracterizado por un único enfoque “de moda” y por ello resulta preponderante la tendencia a subordinar y jerarquizar disciplinas, y a circunscribir la participación en el área en función de la profesión de pertenencia de cada sujeto. Este marcado protagonismo de la medicina, incluso como un modo de concebir la salud, sigue siendo un denominador común de ese espacio de inserción profesional que demanda, al menos, una deconstrucción.

**Bárbara:** Es interesante poder ir viendo en distintos lugares el espacio que tienen las ciencias sociales en los contextos más vinculados con la salud. Ahora participo muy activamente en una Red Argentina de Investigadores e Investigadoras de Salud, un espacio interesante, reflexivo, que pone de manifiesto como ante ciertas disciplinas hay prácticas que están naturalizadas y muchas de estas cuestiones a partir de los procesos formativos, íntimamente vinculados con el plano epistemológico de los procesos de intervención. Y esto lo vemos en los diferentes espacios donde uno va transitando que ponen de relieve la vigencia del modelo.

Hay quienes plantean: “uh, siguen dando vueltas con el modelo médico hegemónico”. Yo soy de las que dicen no es que nosotrxs seguimos dando vueltas con un modelo médico hegemónico sino que hay un modo que evidentemente sigue teniendo vigencia. Eduardo Menéndez el año pasado escribió un artículo dónde se pregunta sobre la vigencia del modelo médico hegemónico, haciendo relecturas y ofreciendo algunas claves para comprender los nuevos procesos en la geopolítica del campo sanitario. Permite ver con claridad lo vigente que es, y a la vez, los modos de expresión que de la mano de las nuevas tecnologías va adquiriendo.

Una gran dificultad, que no creo que tenga un lugar central porque no se dirime ahí, para nosotros desde el trabajo social y desde las ciencias sociales, es que a veces hay una tendencia, defensiva tal vez, a encerrarnos mucho entre nosotrxs mismxs y no interlocutar. Esta cuestión genera un impacto en los modos de construir argumentaciones tales como ¿desde dónde hacemos lo que hacemos? o ¿por qué lo hacemos? Allí es cuando aparecen reacciones tales como ¿por qué tenemos que estar explicando siempre nosotros?

Me acuerdo que hace unos cuantos años trabajé en un centro de salud en Olivos, y el día que llegué por primera vez a ese centro de salud, el jefe del centro de salud me recibió y me mostró los consultorios, me presentó a la gente y de golpe abrió una puerta y me mostró un ambiente un poco más grande con una mesa redonda en el medio, la pileta, la cocina, gente que entraba y salía con el mate. Ahí nomás me dijo “acá es donde atendía Martha” (que era la trabajadora social anterior). Yo me acuerdo que lo miré y le dije “ah, yo no atiende en una cocina”. Se quedó mirándome y me dijo “es que hay pocos consultorios y no hay muchos horarios disponibles”. A lo que respondí “bueno atenderé en los pocos horarios disponibles que haya”. Si en ese momento aceptaba ese encuadre ¿cómo salía después de la

cocina? No salía más. El paso siguiente fue pelear por un teléfono, porque había un solo teléfono que estaba en su consultorio, en su despacho, en su escritorio. Entonces tenías que hablar con él sentado ahí, con personas rodeando, en el medio del despelote. La cuestión es que compraron un teléfono inalámbrico. Y yo andaba con el inalámbrico en el bolsillo de acá para allá.

Parecen pequeñas cosas pero sabemos que en esas luchas cotidianas es donde en las instituciones interpelamos esa hegemonía, encontrando los modos a partir de cuales es posible construir otras lógicas.

### **“Siempre se vuelve a Buenos Aires”: el trabajo colectivo como una constante**

**Mara:** Los procesos de deconstrucción se presentan sin lugar a dudas como espacios plenamente colectivos. Nosotros y los otros, nosotros con lxs otrxs... cada travesía reconfigura el interjuego entre las mismidades y las otredades de diversos modos, pero de lo que no cabe duda es que los procesos de deconstrucción no son precisamente caminos que se transitan en soledad (Elías, 1998).

Al buscar el resguardo y al mismo tiempo la sinergia de lo colectivo, de cierto modo estamos buscando no solo desnaturalizar o transformar lo instituyente en instituido, sino que especialmente pareciera que anhelamos reparar la fragmentación del espacio de convivencia cotidiano, que tiende a convertirse con mucha facilidad en un tejido con agrietamiento permanente de las relaciones, los acuerdos e incluso de los proyectos (Follari, 2008).

Al recuperar el surgimiento y el devenir de los espacios colectivos entra en escena una amalgama de lo que podríamos llamar la memoria individual, la memoria colectiva y la memoria histórica. Si bien la memoria está íntimamente ligada al tiempo, ya fuimos presentando una concepción del tiempo lejana a algo homogéneo y uniforme donde todos los fenómenos humanos tienen desarrollos ordenados y concatenados, sino que se presenta como una categoría con múltiples aristas y planos que coexisten, muchas veces al compás del caos (Echeverry, 2004).

Cuando la modalidad de trabajo o planificación de un proyecto se genera de modo colectivo, parte de la trayectoria profesional individual se ve atravesada y modificada de por sí, incluso ante inserciones que no son contemporáneas sino posteriores. El modo de habitar los espacios, los tiempos y las experiencias reconfiguran incluso nuestras expectativas y dejan huella en las historias de vida individuales, dando lugar también a la construcción de una historia colectiva que fluye por sí misma.

**Bárbara:** Los espacios colectivos para mí son centrales y sumo ahí la experiencia en FAUATS, que ha sido, y sigue siendo, de puro aprendizaje. Me parece que la mayoría de lxs trabajadorxs sociales hemos tenido en nuestra propia formación de grado ya un primer acercamiento a vivenciar lo irremplazable de las instancias colectivas: lo singular de producir conocimiento desde lo grupal y el hecho de vivir en primera persona que se piensa más y mejor con otrxs que en soledad. Prácticamente en todos los

espacios que fui atravesando, con más o menos potencia, algunx trabajador/a social hizo alguna propuesta colectiva para mejorar o fortalecer aquello que requería una transformación. Eso siento que no es un atributo personal sino que es parte de la lógica disciplinar.

La FAUATS a mí me voló la cabeza en relación al trabajo social, no solo porque conocí gente alucinante, sino porque me permitió descubrir la potencia del trabajo social en escala país, visibilizando todo lo que tenemos para aprender. Hay fraternidades que se van construyendo y ese es otro tipo de trama. De algún modo se van construyendo vínculos asociados a los procesos de formación y paralelamente se van generando cuestiones de diversa índole que estarán en la agenda del trabajo social las próximas décadas. Así van transcurriendo momentos más sinérgicos, más tensos, otros de estancamiento e incluso instancias donde se abren nuevos caminos.

La FAUATS me brindó la posibilidad de vivir de cerca ese valor distintivo del trabajo social y de poder desplegar una apuesta que atravesó mi proyecto profesional, trabajando de modo articulado con las distintas carreras, áreas; y especialmente de vivir cotidianamente un trabajo social federal.

Recuerdo una anécdota muy significativa. Yo quería difundir el nuevo número de la revista de *Debate Público*, mientras estaba de vacaciones un invierno. Entonces pensé, voy a hacer una lista de difusión. Sin embargo, sin darme cuenta, armé un grupo de WhatsApp donde incluí a colegas muy referenciadas a nivel nacional, de gran trayectoria, junto con otrxs que iba encontrando en mi agenda, desde recientes graduadas, a colegas sin inserción académica... la variedad del universo de relaciones acuñadas en estos años. Terminé de mandar eso y me doy cuenta que había armado un grupo y no una lista, y pensé “me van a matar todos, ¡¡¡un grupo más!!!”. Quise eliminarlo, y como no sabía cómo hacerlo, salí yo del grupo pensando que así lo eliminaba automáticamente, pero no jaja; el grupo siguió sin mí. A los cinco minutos me entraron a llover un montón de mensajes diciendo “qué bueno eso que armaste, qué gran idea un grupo donde estemos colegas de distinta trayectoria, qué bueno que haya personas de distintos lugares, y así..., no sabés las cosas que estamos intercambiando... pero ¿por qué te fuiste?”. La cuestión es que tuve que volver al grupo y ese grupo existe hasta el día de hoy dialogando, interactuando, con voces de todas partes y recorridos.

## **El presente interpelado a la luz del recorrido. “Atando cabos” y haciendo camino al andar**

**Mara:** Volviendo sobre los propósitos iniciales de este escrito a dos voces, es ineludible rescatar la riqueza que ofrece el hecho de pensar y construir la caracterización de una trayectoria laboral-profesional partiendo del enfoque biográfico. La trama testimonial narrada en primera persona, que no es solo historia personal sino historia social y cultural de la época que la ha constituido, tiene la potencialidad de develar y al mismo tiempo compartir parte del mundo interno (Argüello Parra, 2012). Finalmente no es más que un relato contextualizado que pone en juego una versión del pasado

recreado creativamente y las expectativas puestas en el futuro que conviven en un presente de siembra y cosecha, a veces simultáneas y a veces alternadas.

**Bárbara:** Este presente de pandemia que nos toca vivir, es una etapa de muchos aprendizajes. Unx tiene la posibilidad de aferrarse y acomodarse a lo que hay, quedándose rígidx y durx; pero también tiene la posibilidad de transitar nuevos caminos y aprendizajes. Hasta ahora los modos de encuentro estaban atravesados por una materialidad determinada y ahora debemos pensar otras formas hasta para generar empatía ante un encuentro de presencialidad “virtual”. Desde el trabajo social siempre tenemos presente la importancia de los lazos y de las redes que se construyen e incluso de cuán vital es la experiencia de vivir con otrxs. Sin embargo, en un contexto tan individualizante esta necesidad de sentirnos contenidxs se puso de manifiesto de un modo abrumante.

Por otro lado me parece que la pandemia nos ofrece la posibilidad de repensar cuestiones de nuestra vida cotidiana justamente porque lo que se venía naturalizando se vio interrumpido. Eso generó una oportunidad para poner en valor aquello que tiene potencia y merece ser sostenido y también para revisar lo que pide a gritos un cambio.

A mí este momento me interpeló especialmente con relación al ejercicio de la docencia universitaria. ¿Cómo construimos el clima que queremos? Siempre es más fácil caer en decir “bueno, esto es lo que hay”, pero ¿eso que hay me hace bien o puedo generar algo diferente? Me pasa al dar clase que muchas veces me interpela que hay muchxs estudiantes con la cámara apagada. En general entran a las actividades pero o no tienen cámara, o no les anda la cámara, no les anda el micrófono, o están con problemas de conectividad por mala señal o pocos datos y por eso la apagan. Entonces, ¿cómo generar un vínculo pedagógico con cámara apagada? Empecé a buscarle la vuelta, a través de la voz, de la palabra en el chat. Quejarme de eso no resolvió nada ni me permitió pensar cómo generar un vínculo en esas condiciones. Me parece que es un tiempo de aprendizaje, de convivir con la incertidumbre y con preguntas; y al mismo tiempo la sensación de que hay mucho por hacer, por generar y especialmente por contemplar y repensar.

**Mara:** Siguiendo a Godard (1996) existen tres grandes ejes que componen toda trayectoria. En primer lugar se ubica la estructura de oportunidades del mundo externo, entendida como las probabilidades a las que las personas se enfrentan. Luego, se posiciona el conjunto de disposiciones y capacidades de los sujetos que se ponen en juego en la vida cotidiana, y finalmente se incluye la dimensión del tiempo que atraviesa a los otros dos ejes y define su mutua relación en el pasado y el presente avanzando en una proyección hacia el futuro.

En ciertas oportunidades es recurrente que a medida que las personas avanzamos en la construcción de nuestras trayectorias laborales-profesionales esas capacidades desarrolladas encuentran lugar en las oportunidades que el mundo externo brinda a la luz de una temporalidad que las encuentra,

generando un corrimiento del telón y la posibilidad de ver cómo el pasado y el futuro planeado convergen en un presente que busca materializar proyectos. Allí es cuando parece que “atamos cabos”, “los planetas se alinean” o “al fin se concretan las cosas” casi de un modo mágico cuando en realidad es producto de una trama longitudinal a veces imperceptible.

**Bárbara:** De alguna manera a medida que transcurre el tiempo pareciera que se va hilando todo el recorrido, se vinculan las cosas que me han interesado siempre, la cuestión de que el conocimiento esté al servicio de la intervención y que las intervenciones produzcan conocimientos. Me parece que ahí es donde encontré un frente en términos epistemológicos.

Cuando entré a la Comisión de Salud Investiga del Ministerio de Salud de la Nación la lógica tenía que ver con generar algún tipo de trabajo investigativo. Así me proponen participar de un proyecto multicéntrico. Ese proyecto me marcó profundamente y fue un punto de inflexión para mí, ya que el tema que lo atravesaba fue la génesis de la tesis doctoral en la que estoy trabajando más de una década después: la problematización respecto de la brecha entre los conocimientos científicos y los procesos decisorios; es decir, en algún punto e interés está puesto en la pregunta acerca del sentido de la producción de conocimientos, ¿para qué sirve investigar?, ¿cómo se toman decisiones en gestión?, ¿cómo se ponen en relación esos dos mundos?

Los caminos que unx transita cuando va construyendo una trayectoria no suelen estar planificados a priori. Esta heterogeneidad que hoy, mirando hacia atrás, puedo advertir en mi recorrido nunca la planeé. Es más, de alguna manera siempre sentí que no era del todo de ningún lugar, ni totalmente de los espacios de la gestión pública o de los ámbitos de intervención profesional, ni totalmente del mundo académico... Y eso, contrariamente a ponerlo en valor, en algún momento me pesó. Es más, hay algunas cuestiones que hoy pondero y que años atrás yo misma las hubiese mencionado como un problema o una falta desde mi propio registro. De un tiempo a esta parte recién empecé a reconocer todo este recorrido y a ver con más claridad el hilo conductor que atraviesa las elecciones y decisiones profesionales y académicas.

**Mara:** Lejos de ser el cierre de un proceso, el encuentro con reflexiones potenciadas e impensadas y especialmente con nuevos interrogantes permite posicionarnos ante nuestras trayectorias desde un nuevo punto de partida que no solo reconsidera e incluye aspectos y dimensiones sino que profundiza las relaciones de manera sinérgica, apostando a nuevos modos de comprender la realidad social en clave subjetiva y longitudinal; y atendiendo, siempre, a los procesos colectivos que construimos y que nos trascienden cobrando vida propia y transformándose en legados histórico-sociales al interior del devenir de nuestra profesión.

## Bibliografía

- Argüello Parra, A. (2012). Entre el tiempo y el relato. Consideraciones epistemológicas en torno a la perspectiva biográfica en la investigación social y educativa. *Revista de Investigación Educativa*, (15).
- Arias, A. (2009). Las preguntas desde un lugar. *Margen*, (54), 1-4. Recuperado de <https://www.margen.org/suscri/margen54/arias.pdf>
- Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico, su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, (29), 1-22.
- Bruner, J. (2003). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Echeverry, D. B. (2004). Memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica. En *La práctica investigativa en ciencias sociales* (pp. 123-134). Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Elías, N. (1998). Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados. *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma.
- Follari, R. (2008). *La selva académica. Los silenciados laberintos de los intelectuales en la universidad*. Rosario: Homo Sapiens.
- García Godoy, B. (2020). Interpelaciones para el Trabajo Social en tiempos de pandemia. *Margen*.
- Godard, F. (1996). El debate y la práctica sobre el uso de historias de vida en las ciencias sociales. En F. Godard y R. Gabanes (eds.), *Uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales* (pp. 5-55). Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Goffman, E. (2001). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Leccardi, C. (2002). Tiempo y construcción biográfica en la “sociedad de la incertidumbre”: reflexiones sobre las mujeres jóvenes. *Nómadas*, (16), 42-50.
- Mattioni, M. (2021). El caleidoscopio de la interdisciplina. En *La construcción de prácticas profesionales en una guardia de salud mental*. Buenos Aires: Entre Ideas.
- Menéndez, E. (2020). Modelo Médico Hegemónico: tendencias posibles y tendencias más o menos imaginarias. *Salud Colectiva*, 16.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.